

VI.—LA MANO MISTERIOSA

DESPUES de alejarse Matrena, Rouletabille volvió a mirar al jardín. Ya no estaban allí el Mariscal de la corte ni los oficiales: los tres hombres habían desaparecido. Rouletabille quiso saber en el acto adónde habían ido. Inmediatamente corrió hacia la verja, y vió desaparecer en el extremo del camino la calesa del Mariscal. En cuanto a los dos oficiales, Ermolai le hizo comprender por señas que habían salido juntos muy pocos minutos después que el Mariscal. Rouletabille buscó la pista; descubrió sus huellas sobre la tierra blanda del camino, y bien pronto entró en terreno tapizado por la hierba. Allí, a causa de los helechos tronchados, era fácil seguir el rastro. Iba encorvado hacia tierra, siguiendo aquellas señales sensibles que tan profundamente despreciaba, como conducentes a toda especie de errores judiciales, y que, sin embargo, le llevarían a descubrir algo que buscaba. El susurro de una voz le hizo levantar la cabeza, e inmediatamente se ocultó detrás de un árbol. A unos veinte pasos de allí, Natacha y Boris parecían sostener una conversación de las más animadas. El oficial estaba de pie y erguido delante de la joven, con el ceño fruncido y la mirada hostil.

Bajo el capote de uniforme en que iba envuelto sin haberse metido las mangas, y que había recogido sobre el pecho, Boris tenía cruzados los brazos. Su actitud indicaba altivez, orgullo herido, y desdén por lo que oía. Natacha no parecía más tranquila ni más dueña de sí misma. Le dirigía palabras precipitadas, generalmente en voz baja. A veces pronunciaba algún vocablo ruso, y volvía a hablar más quedo. Por último calló, y después de un breve silencio, que había empleado en reflexionar, Boris pronunció distintamente estas palabras francesas, cuyas sílabas subrayó como para darles más fuerza.

—¡ Me pedís una cosa horrible!

—Es preciso concedérmelo—replicó la joven con singular energía.—¡ Entendedlo, Boris Alexandrovitch; es preciso!

Y su mirada, después de haber girado en torno sin descubrir nada sospechoso, repentinamente se fijó con extrema ternura en el oficial, al mismo tiempo que sus labios murmuraban: “¡ Boris mío!” Sucedió inmediatamente que el otro no supo resistir a la dulzura de la voz ni al seductor encanto de la mirada. Cogió una mano que se tendía hacia él, y la besó apasionadamente. Y sus ojos, fijos en Natacha, indicaban que había otorgado todo lo que exigían de él, y que se declaraba vencido. Entonces la joven le dijo, envolviéndole en una mirada adorable: “¡ Para esta noche!” Y él replicó: “¡ Sí, sí; para esta noche!” Entonces Natacha retiró la mano, e hizo al oficial signo de que se alejara, a lo cual obedeció. Natacha siguió allí algún tiempo sumida en sus reflexiones. Rouletabille había tomado ya apresuradamente el camino de la quinta. Matrena Petrovna acechaba su regreso sentada en el descansillo de la gran escalera que daba a la galería. En seguida que le vio corrió hacia él, que ya estaba en el comedor.

—¿ No hay nadie en la casa?—preguntó.

—Nadie. Natacha no ha vuelto todavía, y...

—Vuestra hijastra va a llegar. Preguntadle de dónde viene y si ha visto a los oficiales; y en el caso de que responda que sí, si le han dicho que volverán esta noche.

—Bien, querido *domovoi-doukh*. Los oficiales se han marchado sin decir nada.

—¡ Ah!—interrumpió Rouletabille.—Antes que llegue, dadme todos sus alfileres de sombrero.

—¿ Cómo?

—Todos sus alfileres de sombrero. ¡ Pronto!

Matrena corrió a la habitación de Natacha, y volvió con tres alfileres enormes con cabeza y cabujones graciosamente trabajados.

—¿ Están todos?

—Todos los que he encontrado. Pero tiene otros dos. Lleva uno puesto, tal vez dos, porque no he visto más.

—Ponedlos donde los habéis hallado—dijo el repórter después de haberles echado una ojeada.

Matrena volvió inmediatamente, sin comprender nada de aquello.

—Ahora, vuestros alfileres. ¡ Sí; vuestros alfileres de sombrero!—añadió el joven.

—No tengo más que dos: helos aquí—respondió la dama, quitándolos de su toca, que al entrar en la quinta había arrojado en un sillón.

Rouletabille los miró también rápidamente.

—Gracias—dijo.—Ya está ahí vuestra hijastra.

Natacha llegaba sonrosada y sonriente.

—¡ Bueno!—dijo toda sofocada.—¡ Podéis alabaros de que os haya tenido que buscar! He dado la vuelta completa a la Barca. ¿ Le ha sentado bien a papá el paseo?

—Sí. Ya está durmiendo—respondió Matrena.—¿Has visto a Boris y a Miguel?

La joven pareció vacilar un segundo, uno solo, y dijo:

—Sí; un momento.

—¿Y no te han dicho si vendrán esta noche?

—No—contestó ligeramente turbada.—¿Por qué me hacéis esas preguntas?

Y enrojeció todavía más.

—Porque me parece extraño—repuso Matrena—que se hayan ido como lo han hecho, sin prevenirnos, sin decir una palabra, sin preguntar al General si los necesitaba. Y hay algo más extraño todavía. ¿No has visto con ellos a Kaltsof, el gran mariscal de la corte?

—No.

—Kaltsof ha venido un instante, ha entrado en el jardín, y se ha marchado sin vernos y sin decir una palabra para el General.

Natacha dijo: “¡Ah!”, y con la mayor indiferencia levantó los brazos, y sacó el alfiler de su sombrero. Rouletabille miró el alfiler, y no dijo nada. La joven no parecía haber notado su presencia. Enteramente absorta en sus pensamientos, volvió a clavar la aguja en el sombrero, y fué a colgarlo en la galería, que también servía de vestíbulo. Rouletabille no apartaba de ella los ojos. Matrena miraba al repórter con extrañeza. Natacha atravesó el salón y entró en su cuarto, pasando por su gabinete-costurero, porque aquella habitación no tenía más que una puerta, que daba al saloncillo. En cuanto a esta última pieza, tenía tres puertas: una al cuarto de Natacha, otra al salón grande, y la tercera daba al pasillo que se hallaba en el ángulo de la casa por donde pasaba la escalera de servicio que iba del sótano al primer piso. El pasillo tenía además otra puerta que daba al salón. Evidentemente, era una mala disposición

para el servicio del comedor, que se hallaba al otro lado del salón grande y detrás de la galería; disposición provisional, como ocurre muy a menudo en las instalaciones apresuradas de las casas de campo.

Habiendo quedado sola con Rouletabille, Matrena observó que el joven no perdía de vista el rincón de la galería donde Natacha había colgado su sombrero, al lado del cual Ermolai acababa de poner una capota: el intendente debía de haberla encontrado en el jardín o en el invernadero, de donde venía. En aquella capota había clavado un alfiler.

—¿De quién es esta capota?—preguntó Rouletabille.—No la he visto en la cabeza de nadie.

—Es de Natacha—respondió Matrena.

Y quiso adelantarse; pero el joven la retuvo. Fué él mismo a la galería, y, sin tocar la capota, empujándose sobre la punta de los pies, examinó el alfiler clavado en ella. Luego se volvió hacia Matrena, que notó en el rostro de su amigo una fugaz emoción.

—¿Me explicaréis lo que significa todo esto?—le preguntó.

Pero el periodista le lanzó una mirada fulminante, y le dijo por lo bajo:

—Dad órdenes inmediatamente para que sirvan la cena en la galería. Mientras dure la comida, es preciso que la puerta del saloncito, la del pasillo y la de la galería que da al salón grande *queden abiertas*. ¿Me habéis comprendido? En seguida que hayáis dado esas órdenes, subid al cuarto del General, y no os separéis de su cabecera, *de frente a la cabecera*. Bajaréis a cenar cuando la mesa esté servida, y no tenéis que preocuparos de nada más.

Mientras decía esto llenaba la pipa; la encendió, lanzando un suspiro como de alivio, y después de decir por última vez a Matrena: “¡Id!”, bajó al jardín para fumar a sus

anchas. Hubiérase dicho que no había fumado en ocho días. Pero no quería reflexionar, sino recrearse, y en realidad jugó como un loco con *Milinki*, el gatito predilecto de Matrena, al cual perseguía desde detrás del invernadero hasta el pequeño kiosco construido sobre estacas, y cuyo puntiagudo techo de bálago se erguía en el panorama de las Islas, que Rouletabille contemplaba como artista desocupado.

La cena, de la cual participaron Matrena, Natacha y Rouletabille, fué bastante alegre. Habiendo declarado el joven que cada vez estaba más persuadido de que todo el misterio del ramillete era cosa de la policía, Natacha se adhirió a esta opinión, y desde aquel punto en todo estuvieron de acuerdo. Durante la conversación el repórter sentía verdadero espanto, que le infundía *la torpe y cínica tranquilidad con que la joven acogía toda palabra que acusara a la policía y tendiese a hacer creer que el General no corría ningún peligro inmediato. En suma, trabajaba, o por lo menos creía trabajar por excluir a Natacha como había excluido a Matrena, de tal modo que surgiera la necesidad absoluta de la intervención de un tercero, aun en los hechos tan cuidadosamente encarecidos por Kuprian, y en los cuales Matrena y Natacha parecían haber intervenido solas materialmente.* Oyendo a Natacha, Rouletabille empezaba a dudar y a estremecerse, como había visto dudar y estremecerse a Matrena. Cuanto más consideraba a aquella joven, más vértigo sentía. ¡Qué negro abismo era Natacha!

Ningún hecho interesante ocurrió durante la cena. A pesar de la impaciencia que por ello manifestaba Rouletabille, Matrena subió varias veces al cuarto del General, y siempre regresaba diciendo:

—Está tranquilo; pero no duerme. No quiere dormir. Me ha dicho que le prepare el narcótico. ¡Desdichado! ¡Por más que diga, no puede pasarse sin él!

—Eres tú, mamá, quien debía tomar algo para dormir. Dicen que la morfina es muy buena para eso.

—Yo—dijo Rouletabille, cuya cabeza hacía algunos instantes oscilaba inclinándose, ya sobre un hombro, ya sobre el otro—no tendré necesidad de narcóticos para dormir profundamente. Si me lo permitís, iré a acostarme en seguida.

—¡Ah, mi querido *domovoi*! ¡Yo os llevaré en brazos! Y Matrena extendió su grueso y redondo brazo para coger a Rouletabille como hubiera hecho con un bebé.

—¡No, no! Subiré solo—replicó Rouletabille, levantándose y mostrando cierta vergüenza por su debilidad.

—Pues bien; las dos le acompañaremos hasta su cuarto—dijo Natacha,—y daré las buenas noches a papá. Yo también tengo deseos de descansar. Una buena noche nos hará a todos mucho bien. Ermolai y el aya velarán con el *schwitzar* en la portería. Eso es de todo punto razonable.

Subieron los tres. Rouletabille no se acercó siquiera a ver al General, y se arrojó en su lecho. Natacha se mostró alegre con su padre, le besó diez veces, y bajó. Detrás de ella iba Matrena, cerrando puertas y ventanas; volvió a subir, cerró la puerta del descansillo, y luego fué a buscar a Rouletabille, a quien encontró sentado en la cama, con los brazos cruzados y sin ninguna apariencia de tener sueño. Por último, su fisonomía era tan extrañamente pensativa, que la inquietud de Matrena, que no había comprendido nada de los hechos y actitudes del joven en el curso de aquel día, se acrecentó de golpe. Le tocó en el brazo, creyendo que era conveniente hacerlo para que viese que estaba allí.

—Amigo mío—le preguntó una voz baja,—¿me diréis al fin?...

—Sí, señora—respondió el joven inmediatamente.—

Sentaos en ese sillón, y escuchadme. Hay cosas que es preciso que sepáis en el acto, porque el momento es grave.

—¡ Los alfileres ; ante todo, explicadme lo de los alfileres ! Rouletabille se deslizó ligeramente del lecho y quedó de frente a ella, *pero mirando otra cosa*.

—Es preciso que sepáis que, tal vez en seguida, va a repetirse lo *del ramillete*.

Matrena se levantó con tal rapidez, que hubiera podido creerse que había sentido una bomba debajo de su sillón. Sin embargo, volvió a dejarse caer inmediatamente, obedeciendo a la enérgica mirada de Rouletabille, que le ordenaba absoluta inmovilidad.

—¿ Va a repetirse el caso del ramillete ?—murmuró la dama en voz que parecía un soplo jadeante.—¡ Pero si no hay ninguna flor en el cuarto del General.

—¡ Calma, señora ! Comprendedme, y responded. ¿ Oísteis el tic tac del ramillete estando en vuestro cuarto ?

—Sí. Naturalmente, con las puertas abiertas.

—Me habéis nombrado las personas que habían venido a dar al General las buenas noches. ¿ Sentisteis en aquel momento el tic tac ?

—No.

—¿ Creéis que si hubiera habido ruido de tic tac mientras esas personas estaban en la habitación hablando hubierais oído aquel ruido ?

—¡ Yo lo oigo todo !

—¿ Bajasteis al mismo tiempo que esas personas ?

—No ; me quedé algún tiempo al lado del General, hasta que se quedó profundamente dormido.

—¿ Y entonces no oísteis nada ?

—Nada.

—¿ Cerrasteis las puertas detrás de los que salieron ?

—Sí ; la puerta de la escalera principal. La de la escalera

de servicio estaba condenada hacía mucho tiempo. Está cerrada con llave ; la cerré yo misma, que tengo la llave, por el interior del cuarto del General, y *además tiene un cerrojo que siempre está corrido*. Todas las demás puertas de las habitaciones las había cerrado ya. Para entrar en las cuatro piezas del primer piso, era preciso pasar por la puerta de mi cuarto, que da al descansillo.

—Perfectamente. Por lo tanto, nadie ha podido penetrar en el departamento ; por lo menos, en dos horas, no hubo allí nadie más que vos y el General cuando empezó a oirse el movimiento de relojería. De donde se deduce que sólo el General y vos habéis podido colocar allí el aparato.

—¿ Qué decís ?—preguntó Matrena estupefacta.

—Quiero probaros por el absurdo, señora, que *nunca, nunca*, oidlo bien, *nunca* se debe razonar fundándose únicamente en las apariencias exteriores más evidentes, cuando pugnan con ciertas verdades morales tan claras como la luz del día. Para mí, señora, es como la luz del día que el General no ha intentado suicidarse, y, sobre todo, que para tan extraño modo de suicidio no pensaría servirse de la relojería ; como la luz del día es para mí que adoráis a vuestro esposo, y que estáis dispuesta a sacrificarle la vida.

—¡ Siempre, siempre !—exclamó Matrena, cuyas lágrimas, prontas a las grandes emociones, corrieron en abundancia.—Pero ¡ Virgen María ! ¿ Por qué me habláis así, *sin mirarme* ? ¿ Qué hay ? ¿ Qué pasa ?

—¡ No os volváis ! ¡ No hagáis el más leve movimiento ! ¿ Entendéis ? ¡ Ni un solo movimiento ! Hablad bajo, ¡ y no lloréis, por el amor de Dios !

—Pero habéis hablado del ramillete... ¡ Vamos al cuarto del General !

—No hagáis el más pequeño ademán, y seguid escuchán-

dome sin interrumpirme—dijo el joven inclinándose a su oído, siempre sin mirarla.—Porque todo eso es para mí como la luz del día, he pensado: “*No puede ser que sea imposible* que un tercer personaje haya puesto la bomba en el ramillete. Indudablemente, se puede entrar en el cuarto del General, aun cuando esté despierto, y todas las puertas cerradas.”

—¡Eso no! No se puede entrar: os lo juro.

Y como lo jurase un poco fuerte, Rouletabille le apretó el brazo de modo que pudiera haberla hecho gritar; pero ella comprendió que era para hacerla callar.

—Otra vez os ruego que no me interrumpáis.

—Entonces, decidme qué es lo que miráis así.

—Miro el sitio por donde se puede entrar en el cuarto del General cuando todo está cerrado. ¡No os volváis!

Castañeteando los dientes, Matrena recordó que al entrar en la habitación del joven había hallado abiertas todas las puertas que en línea recta comunicaban el cuarto del periodista con el suyo, el gabinete tocador y la habitación del General. Bajo la mirada de Rouletabille, tenía que permanecer tranquila; pero, a despecho de todas las exhortaciones, no podía contener la lengua.

—Pero ¿por dónde? ¿Por dónde se entra?

—Por la puerta.

—¿Qué puerta?

—La de la habitación que da a la escalera de servicio.

—¡No es posible! ¡La llave!... ¡El cerrojo!...

—Se puede hacer una llave.

—¿Y el cerrojo corrido *por dentro*?

—*Se descorre desde fuera.*

—¡Ah! ¡Es imposible!

Rouletabille apoyó ambas manos sobre los robustos hombros de Matrena, y repitió, subrayando cada sílaba: “*¡Se descorre desde fuera!*”

—¡Repito que es imposible!

—Señora, vuestros nihilistas no han inventado nada. Eso es una artimaña muy en boga entre nuestros rateros de hoteles. Basta un pequeño agujero del grueso de un alfiler abierto en el tablero de la puerta, para levantar el cerrojo.

—¡Dios mío!—gimió la pobre Matrena.—¡No entiendo nada de lo que queréis decirme con ese pequeño agujero! ¡Explicaos, querido *domovoi*!

—Escuchadme—continuó Rouletabille, siempre con los ojos fijos *en otra parte*.—La persona que quiere entrar, introduce por el agujerito un alambre de latón al cual se le ha dado la curvatura necesaria, y que en su extremo está provisto de una ligera punta de acero, encorvada también. Con semejante instrumento, si el agujero se ha hecho en el sitio debido, es cosa de juego llegar desde fuera al cerrojo interior, engancharle, tirar de él y abrir, si el cerrojo es, como éste, un cerrojo-pestillo.

—¡Oh!—gimió Matrena, que palidecía a ojos vistas.—Y ese agujerito...

—Existe.

—¿Le habéis descubierto?

—Sí; desde el momento que vine a esta casa.

—¡Oh *domovoi*! ¿Cómo puede ser eso, si no habéis subido al cuarto del General hasta esta noche?

—Sin duda; pero subí mucho antes por la escalerilla de servicio. Os diré por qué. Cuando por primera vez entré en la quinta y vos me mirabais oculta detrás de la puerta, ¿sabéis lo que a mi vez miraba yo, aunque parecía ocupado únicamente en devorar las tartas de caviar? La huella

reciente de un zapatito que se separaba de la alfombra cerca de la mesa de los *zakouskis*, donde habían vertido la cerveza; esta cerveza corría aún a lo largo del mantel. Habían andado sobre la mancha de cerveza. La huella de los zapatos sólo era claramente visible en el entarimado. Desde allí se dirigía a la puerta del pasillo, que había quedado entreabierta, y subía a la escalera de servicio. Aquellos zapatos eran demasiado finos para subir por una escalera destinada a los criados, y que Kuprian me había dicho *que estaba condenada*. Eso fué lo que me hizo notarlo al momento; pero entrasteis en aquel instante.

—No me habíais dicho nada. Evidentemente, si yo hubiera sabido que había unos zapatitos...

—No os he dicho nada, porque tenía mis razones para callarlo; y, sin embargo, *la huella se secó mientras os contaba mi viaje*.

—Pero ¿por qué no me hablasteis de ella?

—Porque aún no os conocía.

—¡Suspica diablillo! ¡Me haréis morir! ¡No puedo más! ¡Vamos al cuarto del General! Le despertaremos...

—¡Quedaos! ¡Todavía no os he dicho nada! Aquellas señales no dejaban de preocuparme; y más tarde, cuando pude escapar del comedor, no estuve tranquilo hasta haber trepado por la escalera de servicio y ver esa puerta, donde descubrí lo que os he dicho, y lo *que voy a deciros ahora*.

—¿Qué es? Todavía no me habéis hablado de los alfileres.

—Hemos llegado.

—Y lo del ramillete que va a repetirse. ¿Por qué?

—Ya estamos en ello. Cuando por la noche me llevasteis al cuarto del General, estudié el cerrojo de la puerta sin

que lo advirtierais, y adquirí completa certidumbre. Por allí es por donde había entrado la bomba, y *por allí es por donde se preparaban a traerla otra vez*.

—Pero ¿cómo? ¿Estáis seguro? ¿El agujerito os dijo por dónde habían venido? ¿Cómo os indicaba *que se preparaban a volver*? Bien sabéis qué, no habiendo producido resultado lo del ramillete en el cuarto del General, *ahora trabajaban* en el comedor.

—Es probable, señora, es cierto que han renunciado a trabajar en el comedor, supuesto que el mismo día *venían a trabajar al cuarto del General*. Sí; volvían aquí, y estoy tan seguro de ello, de la próxima vuelta *por aquí*, que habiendo alejado a la policía para poder estudiar las cosas a mi satisfacción, no os he pedido que la hagáis venir otra vez. ¿Comprendéis ahora mi tranquilidad y cómo he podido asumir rápidamente una responsabilidad tan grave? Es que sabía que no tenía que vigilar más que una cosa: un pequeño taladro de alfiler. ¡No es difícil vigilar, señora, un taladro de alfiler!

—¡Desdichado!—dijo Matrena con voz sorda.—¡Miserable *domovoi*, que no me has dicho nada! ¡Y yo que me he dejado dominar por el sueño en mi colchón en presencia de esa puerta que podía abrirse!

—*No, señora, porque yo estaba detrás!*

—¡Ah, querido angel sagrado! Pero ¿en qué pensabas? ¡Esa puerta que no ha sido vigilada por la tarde! Han podido abrirla en nuestra ausencia. ¡Si hubieran puesto una bomba mientras hemos paseado!

—Por eso os envié inmediatamente al comedor a una expedición, de la cual sospechaba que volveríais de vacío, querida señora, y por eso entré yo el primero en el cuarto del General; en seguida llegué a la puerta de la escalera de servicio, y *tuve la prueba*, preparada a todo evento, de que

no la habían empujado ni medio milímetro. No; en nuestra ausencia nadie ha tocado a la puerta.

—¡Ah, heroico joven! Pero oidme, ángel mío. ¡Ah! ¡Ya no sé dónde estoy ni lo que digo! Mi cerebro es como un balón flácido taladrado por un alfiler. ¡Ah; los alfileres, los alfileres! ¡Habladme de los alfileres! Pero ante todo, ¿qué os hace creer—¡Dios mío!—*que van a volver por la puerta?* ¿Cómo habéis podido adivinarlo, y todo eso por un pobre agujero hecho con un alfiler?

—Señora, ya no hay un taladro de alfiler; ahora hay dos.

—¿Dos taladros de alfiler?

—Sí, dos; uno antiguo, y otro nuevo, muy reciente. ¿Por qué ese segundo taladro? Porque habían creído que el antiguo era un poco estrecho: quisieron agrandarle, y agrandándole se ha roto la punta de un alfiler... de un alfiler de sombrero, señora. Esa punta está allí todavía, obstruyendo el agujero primitivo, y la sección es muy limpia y muy brillante.

—¡Ah! ¡Ahora ya comprendo el examen de los alfileres de sombrero! ¿Es, pues, tan fácil atravesar una puerta con un alfiler?

—No hay nada más sencillo; sobre todo si el tablero es de pino. Sin embargo, acababa de romperse una punta de alfiler en el primer agujero, y de ahí la necesidad de hacer otro. Como la punta del alfiler se había roto, para empezar el segundo han empleado un cortaplumas, y luego han terminado el taladro con el alfiler de sombrero. El segundo agujero está todavía más cerca del cerrojo que el anterior. ¡No os mováis, señora!

—¡Pero, entonces, van a venir, van a venir!

—Eso creo.

—No comprendo cómo estáis tan tranquilo teniendo esa

certidumbre. ¡Gran Dios! ¿Qué os prueba que no han venido todavía?

—Un alfiler ordinario, señora, no de sombrero por esta vez. ¡No confundamos los alfileres! Os lo enseñaré ahora mismo.

—¡Me hará perder la cabeza con sus alfileres, clara luz de mis ojos! ¡Bondad del Cielo! ¡Enviado de Dios! ¡Querido talismán!

Y pretendió estrecharle con trasporte entre sus temblorosos brazos; pero el joven retrocedió. La dama suspiró otra vez, y repuso:

—¿Y no os ha instruído nada el examen de los alfileres?

—Sí; el quinto alfiler de Natacha, el de la capota que estaba en la galería, tiene la punta recién rota.

—¡Miserable de mí!—dijo Matrena desplomándose en el sillón.

Rouletabille la levantó de nuevo.

—¿Qué os pasa? También he examinado los vuestros. ¿Creéis que hubiera sospechado de vos porque hubiese visto roto uno de ellos? Habría pensado sencillamente que alguien se había servido de ellos para una tarea abominable: eso es todo.

—¡Oh! ¡Es verdad, es verdad! ¡Perdonadme, madre de Cristo! ¡Este niño me volverá loca! ¡Me espanta, y me consuela! ¡Me hace pensar cosas terribles, y me tranquiliza! ¡Hace de mí lo que quiere! ¿Qué podría yo hacer sin él?

Y esta vez logró cogerle la cabeza con ambas manos, y le besó en la frente con pasión muy natural. Rouletabille la rechazó rudamente.

—¡Me impedís ver!—dijo.

A la dama la molestó aquel grosero ademán; pero com-

prendió. En efecto; durante toda aquella conversación Rouletabille no había cesado de mirar por las puertas entreabiertas de la habitación de Matrena y del gabinete tocador, allá al fondo, la puerta fatal cuyo cerrojo de cobre brillaba a la amarillenta luz de la lamparilla.

Por último el repórter hizo un signo, y seguido de Matrena, anduvo de puntillas hasta el umbral del cuarto del General, *rozando las paredes*. Feodoro Feodorovitch dormía. Percibíase su fuerte aliento; mas parecía gozar de un sueño tranquilo. Las pesadillas de la noche anterior le habían dejado en paz; acaso la Generala tenía razón en parte atribuyendo los famosos ensueños al narcótico que todas las noches quedaba al alcance de su mano, porque el vaso en que bebía durante sus insomnios todavía estaba lleno, y visiblemente no le había tocado aún. El lecho del General estaba situado de tal modo, que aunque el que le ocupaba tuviese abiertos los ojos, no habría podido ver abrirse la puerta que daba a la escalera de servicio. La mesilla donde estaban el vaso y diferentes botellas, y que había soportado el peligroso ramillete, se hallaba cerca del lecho, un poco retirada, y más cerca de la puerta. Nada sería tan fácil para quien pudiera entreabrir aquella puerta que alargar el brazo y colocar la máquina infernal entre las hierbas silvestres, sobre todo si, como era forzoso creerlo, para ejecutar la maniobra habían esperado a que el ruidoso ronquido del General advirtiese que ya estaba dormido, y mirando por el ojo de la cerradura, habían comprobado que Matrena se hallaba entonces ocupada en su propia habitación. Al llegar al umbral del cuarto, Rouletabille se volvió de lado para quedar fuera de la línea del agujero, y se puso a cuatro patas. En esta postura se acercó a la puerta de servicio. Con la cabeza apoyada en el suelo, comprobó que el alfiler ordinario que la noche

anterior había clavado en el piso junto a la escalera estaba derecho: por consiguiente, tuvo una nueva prueba de que la puerta no se había movido. En el caso contrario, el alfiler habría sido rechazado horizontalmente y caído a tierra. Volvió sobre sus pasos, se enderezó, pasó al gabinete tocador, y en un rincón sostuvo con Matrena una rápida conversación en voz muy baja.

—Id—dijo el joven—a poner vuestro colchón en el rincón del gabinete tocador, desde donde puede verse la puerta, y no ser visto de quien mirase por el ojo de la cerradura. Hacedlo con la mayor naturalidad, y acostaos luego. Yo pasaré la noche en el colchón, y podréis creer que en él estaré mejor que en el lecho de tabla de la escalera, donde pasé la noche de ayer detrás de la puerta.

—Sí; pero vais a dormir. ¡No quiero!

—Pensad, señora...

—¡No quiero, no quiero! ¡No quiero separar los ojos de la puerta! Además, me sería imposible dormir. ¡Dejadme!

El repórter no insistió, y ambos se acomodaron en el colchón. Rouletabille se sentó cómodamente, cruzando las piernas como un sastre engolfado en su tarea; pero Matrena se quedó a cuatro pies, con la nariz alerta y los ojos fijos, como un *bull-dog* pronto a la acometida. Trascurrieron los minutos en medio de un profundo silencio, sólo turbado por la irregular y sofocada respiración del durmiente, cuyo pálido y trágico rostro se destacaba sobre la almohada con la boca entreabierta y los labios trémulos y balbucientes. Durante un segundo pudo creerse que iba a despertar o a ser presa de sus terribles visiones. Inconscientemente extendió un brazo hacia la mesilla donde estaba el vaso del narcótico; después se inmovilizó y roncó ligeramente. La lamparilla, que estaba en la chimenea, proyecta-

ba raros reflejos amarillos en los ángulos de los muebles, hacía brillar el marco de un cuadro colgado en el muro, y dibujaba una estrella vacilante en el vientre de las botellas. Pero en toda la habitación Matrena Petrovna no veía ni miraba más que el cerrojo de cobre, que brillaba allá a lo lejos en la puerta. Cansada de estar de rodillas, se tendió, apoyando la barba en las manos, y con la mirada siempre fija. Como *nada sucedía*, lanzó un suspiro. No hubiera podido decir si esperaba o temía que ocurriera algo de nuevo, lo que Rouletabille había prometido. Pasaron dos horas. Rouletabille la sentía estremecerse de angustia y de impaciencia.

En cuanto a él, no esperaba que ocurriese cosa alguna antes de las primeras luces del alba, momento en que todo el mundo sabe que un sueño de plomo triunfa de todas las vigiliadas y de todos los insomnios. Esperando este minuto, no se había movido más que un magote de China o que el *domovoi-doukh* de porcelana del jardín. Por último, muy bien pudiera ser que el suceso no fuera para aquella noche. De repente la mano de Matrena se posó en la de Rouletabille, el cual la aprisionó, oprimiéndola con tanta fuerza, que la dama comprendió que le vedaba hacer el más leve movimiento. Los dos habían alargado el cuello y aguzado las orejas como animales en acecho. ¡Sí, sí; se oía un leve ruido en la cerradura!... Una llave giraba suavemente..., muy suavemente..., en la cerradura... Luego, silencio... Después, otro tenue ruido..., un *rechinamiento imperceptible*..., un levisimo crujido de acero en el cerrojo..., en el brillante cerrojo... Y luego el cerrojo..., suavísimamente..., con mucha suavidad..., se descorrió por sí solo... Después empujaron la puerta lentamente..., muy lentamente..., hasta dejarla entreabierta...; y por la abertura... apareció la sombra de un brazo..., de un brazo que se alar-

gaba... se a... lar... ga... ba...; un brazo a cuyo extremo brillaba alguna cosa... Rouletabille sentía a Matrena próxima a saltar... La rodeó con ambos brazos..., la estrechó entre ellos..., la estrujó en silencio... Tenía un miedo horrible de oírla repentinamente gritar, mientras el brazo... se alargaba..., casi tocaba la cabecera del lecho donde el General seguía durmiendo con un sueño tranquilo que desde hacía mucho tiempo no gozaba.